Conflictos derivados de la complejidad de la vida de las mujeres profesionales

Sara G. Martínez Covarrubias

Tomar como objeto de estudio la vida de una persona conlleva aceptar que se trata de un sujeto, y en cuanto ser humano, alguien con quien nos unen puntos de vista comunes y experiencias semejantes, y en mayor medida cuando se comparte un mismo género y una misma sociedad de origen. Lo que a continuación expongo tiene la particularidad de tomar como base las vidas profesionales de dos mujeres y, por contraste, a veces involuntario, la vida de una tercera: la que esto escribe.

Si bien es cierto que cada caso es distinto, pueden encontrarse puntos de contacto entre las vidas profesionales de las mujeres universitarias, en aspectos como la edad, experiencia laboral, su condición de madres de familia, su presencia en ámbitos de la vida académica en los que hasta ahora han habido pocas mujeres, etcétera. Lo mismo expresaron diversas mujeres, todas ellas profesoras, quienes leyeron los informes de las dos vidas profesionales que son el origen del presente texto.[1] Una de ellas señaló:

> A grandes rasgos refleja [el informe de caso] el sentir y el padecer de las mujeres, desde el momento mismo en que deciden estudiar, hasta que tienen que optar por el bien familiar en lugar del personal.

Debo decir también que encontré elementos o aspectos particulares, una forma especial de ser de cada una: como mujeres y como profesionistas.

A continuación presento ambas cosas: los elementos comunes a su ser como mujeres y su identidad femenina; también a su formación profesional. Igualmente, recupero aspectos de su percepción, valoración y reacciones personales ante el contexto laboral y familiar.

Como he dicho antes, los sucesos y procesos que viví con ellas o de los cuales tuve conocimiento de manera indirecta, me hicieron notar situaciones poco claras para mí, a las que había necesidad de comprender, de buscar respuesta, porque se convirtieron en preguntas que me rondaban. Son precisamente estos aspectos a los que me refiero en el epígrafe como *conflictos*.[2]

El conflicto, cuando se relaciona con la situación de una persona, implica deseos de acercarse o alejarse de estímulos que resultan incompatibles.[3] Las situaciones conflictivas se pueden resolver o por la vía de la eliminación o supresión de uno de los factores que los causan (objetos deseables o indeseables); o bien, por la vía de las negociaciones, pues si no se llegan a resolver de alguna manera y se repiten constantemente, pueden desembocar en problemas psicológicos como la neurosis.

También se habla de conflictos cuando hay una diferencia entre las opiniones personales y el comportamiento manifiesto, en cuyo caso reciben el nombre de *conflictos cognitivos*. Y un segundo tipo de conflicto es el llamado *conflicto de roles*, que se presenta cuando a una persona se le exige el desempeño de roles contradictorios.

Yo uso el término *conflictos* para referirme a las situaciones que antes y en el momento del estudio de las vidas profesionales, enfrentaron las dos mujeres y a las cuales dieron respuesta bien sea por la vía de la elección o por la de la negociación. Pero en este proceso, lo más importante ha sido que hay una renuncia total o parcial a uno de los objetos que se desea alcanzar o que ha habido por el contrario, la necesidad de elegir o aceptar una situación no deseada, de manera total o parcial. De igual



forma, es un conflicto importante la existencia de discrepancias entre pensamiento y acción.

La existencia de conflictos es indicativa de la complejidad de las vidas de las académicas participantes en el estudio, pues pone de manifiesto la existencia de múltiples relaciones entre los sucesos y situaciones que van conformando estas vidas. En cada una de las situaciones mencionadas, estas académicas han hecho elecciones o negociaciones y en ellas han jugado un papel múltiples circunstancias y razones. Es por eso que no resulta sencillo ni atinado afirmar que una determinada conducta de su parte está motivada por tal o cual situación exclusivamente, pues hacerlo llevaría a reducir la realidad tan compleja en que ellas se desarrollan y donde juegan un papel importante sus sentimientos, emociones, preferencias y gustos personales, valores, experiencias previas, conocimientos, el contexto en el que se ubican y las posibilidades de acción que éste les permite.

Al hablar de complejidad, estoy tomando en consideración los planteamientos de Edgar Morin [1994] acerca del pensamiento complejo. La experiencia de investigación me ha llevado al convencimiento de que, como él afirma,

> [...] el pensamiento complejo está animado por una tensión permanente entre la aspiración a un saber no parcelado, no dividido, no reduccionista, y el reconocimiento de lo inacabado e incompleto de todo conocimiento. [p. 23]

Saber esto me ha ayudado a tomar conciencia de que no es posible el conocimiento "completo" de las vidas profesionales estudiadas. De la misma forma que he encontrado apoyo a mi concepción de que para comprender a estas académicas un poco más, me era indispensable conocer el contexto en el que se ubicaban, sus antecedentes de formación y el trayecto que han seguido sus vidas, a fin de poder vislumbrar, al menos, algunas de las relaciones e interconexiones, como paso previo a la identificación de conflictos e interpretación de esa parte de la realidad.

Conflictos en la integración de la identidad: ser mujer o profesional

La palabra identidad se usa para referirse a individuos específicos, a los que se puede distinguir por algún rasgo o seña. Es así como características concretas de apariencia física, habilidades, hábitos, formas de pensar, de hablar, etcétera, pueden constituir señales de identidad y por lo tanto, permitir distinguir a los individuos.

El elemento fundamental que en nuestra sociedad identifica a las personas y, de esta manera las divide, es el género. Sin embargo, como he dicho, hay muchos otros elementos de identidad. Por ejemplo la clase social, la religión, la edad, etcétera. Esto nos va separando, puesto que es difícil que se identifiquen como del mismo grupo una mujer musulmana marroquí pobre dedicada a pastorear un rebaño de cabras y una actriz norteamericana que hace películas porno, por poner ejemplos extremos. Ya los grados de identificación, o de encontrarse "menos

diferentes" o "más semejantes", variarán si se van aproximando los rasgos como ocurriría, siguiendo con el ejemplo, si se tratara en ambos casos de mujeres pobres, pastoras, actrices o marroquíes.

Además de lo anterior, la identidad es cambiante. Los rasgos esenciales pueden permanecer, pero en muchos aspectos se cambia con el tiempo (la edad), las circunstancias (el estado civil, la situación social, etcétera), las experiencias (haber vivido una guerra o una penosa enfermedad, por ejemplo).

Dejando un tanto de lado la totalidad de los elementos que conforman la identidad, voy a centrarme a continuación en el *género*.

Cuando he buscado un concepto de identidad femenina me he encontrado en un serio problema, pues resulta que lo que en mi ignorancia pensaba un asunto fácil de dilucidar, ha tenido ocupadas a muchas académicas feministas y ha dado origen a divisiones, corrientes, matices, discrepancias, acuerdos-desacuerdos, cambios de opinión. Es un asunto clave que se traen entre manos las teóricas del llamado feminismo de la igualdad y sus colegas que defienden la diferencia.[4]

No pretendo entrar en este campo en el que debo confesarme novata, sin embargo sí me parece oportuno señalar cuál es la perspectiva que estoy tomando como estrella del norte en este pequeño viaje hacia la comprensión de lo que es la identidad femenina.

De momento quiero decir que mi intención ha sido conocer experiencias concretas y no partir de "la esencia de mujer". Para ello realicé un acercamiento a la vida de dos mujeres a quienes he llamado Lupita y Laura. A partir de lo que vi y viví con ellas, estoy más convencida de que la identidad femenina no es una, sino muchas, aunque haya múltiples puntos de coincidencia, aspectos en que nos podemos identificar, con unas mujeres más que con otras.

Linda Alcoff ha planteado el concepto de *posicionalidad*. Afirma que el género no es natural, biológico, universal, ahistórico o esencial, y que es relevante porque lo tomamos desde una posición a partir de la que actuamos políticamente. Ver a la mujer desde esta perspectiva posicional implica:

- Que el concepto de mujer es un término relacional identificable sólo dentro de un contexto (en constante movimiento).
- Que la posición en que se encuentran las mujeres puede ser activamente utilizada (más que trascendida) como un sitio para la construcción del significado, un lugar desde donde el significado se construye, no ya simplemente el lugar donde un significado puede ser *descubierto* (el significado de la femineidad) [Alcoff, 1989,15].

La misma Alcoff [1989] afirma que cuando las mujeres se hacen feministas no es que los datos que tenían sobre el mundo hayan cambiado, sino que los ven de diferente manera porque se encuentran en otra posición. No somos marionetas en poder solamente de otros: el ambiente, las tradiciones, los valores arraigados, etcétera; tampoco estamos totalmente sujetas por la naturaleza. La identidad como mujeres que cada una tiene puede cambiar. Tomar consciencia de cómo a lo largo de nuestra vida hemos adquirido una manera de interpretar nuestra realidad es ser capaces de analizar también nuestra historia y de identificar los elementos del contexto y de nosotras mismas que podemos transformar.

Es necesario reconocer además el papel que en la construcción de la identidad de una mujer en concreto juegan variados elementos que se conjugan de múltiples formas, acomodándose y reacomodándose como en un caleidoscopio donde se mezclaran por un lado el sustrato biológico de nuestro ser, por otro todos los elementos del medio social y físico y también nuestras emociones, afectos y fantasías, tanto conscientes como inconscientes a que hace referencia Nancy Chodorow [1995] al hablar de los procesos psicodinámicos descritos por el psicoanálisis.[5]

En lo que respecta a cómo se integra o se va construyendo la identidad de género, juegan un papel central en este proceso, en primer lugar, la familia y posteriormente todo el medio que rodea al individuo. La identidad de género se va construyendo en interacción constante con el contexto. Otras identidades pueden adquirirse en años posteriores, por ejemplo la identidad como profesional o como feligrés de una iglesia, pero la identidad de género se va construyendo desde el nacimiento.

Berger y Luckmann [1994] explican cómo un nuevo individuo llega a incorporarse a una sociedad, lo que correspondería a la forma en que va construyendo su identidad en ese proceso, puesto que no sólo absorbe elementos externos, sino que hace un acomodo de ellos, integrándolos como su mundo, conforme al cual va actuando progresivamente en más ámbitos:

La *socialización primaria* es la primera por la que el individuo atraviesa en la niñez; por medio de ella se convierte en miembro de la sociedad. La *socialización secundaria* es cualquier proceso posterior que induce al individuo ya socializado a nuevos sectores del mundo objetivo de su sociedad...

La socialización primaria comporta algo más que un aprendizaje puramente cognoscitivo. Se efectúa en circunstancias de *enorme carga emocional*... El niño acepta los "roles" y actitudes de los otros significantes, o sea que los internaliza y se apropia de ellos... Se vuelve capaz de identificarse él mismo, de adquirir una *identidad* subjetivamente coherente y plausible

El individuo no sólo acepta los "roles" y las actitudes de otros, sino que en el mismo proceso acepta el mundo de ellos. En realidad, la identidad se define objetivamente como ubicación en un mundo determinado... [pp. 166-168. Las cursivas son mías.]

Los autores señalan también que el proceso de socialización es dialéctico entre la auto-identificación del sujeto y la identificación que hacen los otros de él, entre la identidad que le atribuyen y la que asume subjetivamente.

A continuación abordaré algunos aspectos relativos precisamente al proceso de socialización primaria, que fundamentalmente se da en la familia, lugar donde se va construyendo principalmente la identidad de género de las niñas y niños.

Más adelante he de referirme a los procesos de socialización secundaria, donde ubico la identificación con los roles profesionales.

En la última parte del artículo doy cuenta de lo que representa en los casos que estudié la combinación de los roles de mujer y profesionista, y los conflictos que en ellos existen como consecuencia de tratarse de tipificaciones de comportamiento (roles) que demandan no solamente conocimientos sino formas de desempeño y posiciones afectivas [Berger y Luckmann, 1994, 101] que pueden resultar contradictorias, de donde surgen conflictos.

La formación como mujer

La educación matrilineal es la que enseñan y aprenden las mujeres de otras mujeres, corre de las abuelas a las madres, y de ellas a las hijas y a las nietas. Se fija en los hilos que nos unen en la red de genealogías femeninas, reales e históricas, literarias y mitológicas. A través de ella se hacen explícitos los conocimientos, las habilidades, las actitudes, mitos, ritos y rituales y los ideales que sólo enseñan las mujeres y sólo las mujeres aprenden. [Hierro, 1993, 399]

Es a esta educación a la que me refiero, dejando de lado un tanto el papel que otros elementos de la familia o del medio social más inmediato juegan en la formación de una niña desde que nace. La razón de este recorte se debe fundamentalmente a que a partir de los estudios de caso de las vidas de Lupita y Laura, los elementos que se revelan como más destacables apuntan precisamente a la educación por parte de la madre. Ello no significa obviamente, que no existan multitud de casos distintos en los que puedan haber jugado los principales papeles en la conformación de la identidad otras figuras distintas a la materna, entre ellas la del padre.

El impulso y ejemplo materno

En los casos estudiados, las madres resultaron figuras centrales en la formación de las hijas. Su participación fue mucho más allá de los primeros cuidados, la alimentación y el amor. Más allá incluso que la enseñanza de las primeras palabras o la lengua "materna".[6] Las madres se convirtieron en las figuras fuertes de la familia, ya sea por la ausencia del padre o por tratarse de una figura un tanto devaluada ante los ojos de los hijos e hijas. Ellas pasaron a ocupar un papel protagónico, asumiendo directa o indirectamente la jefatura de la familia, logrando cuotas de poder importantes, pero también apropiándose responsabilidades y cargas adicionales a las de ama de casa.

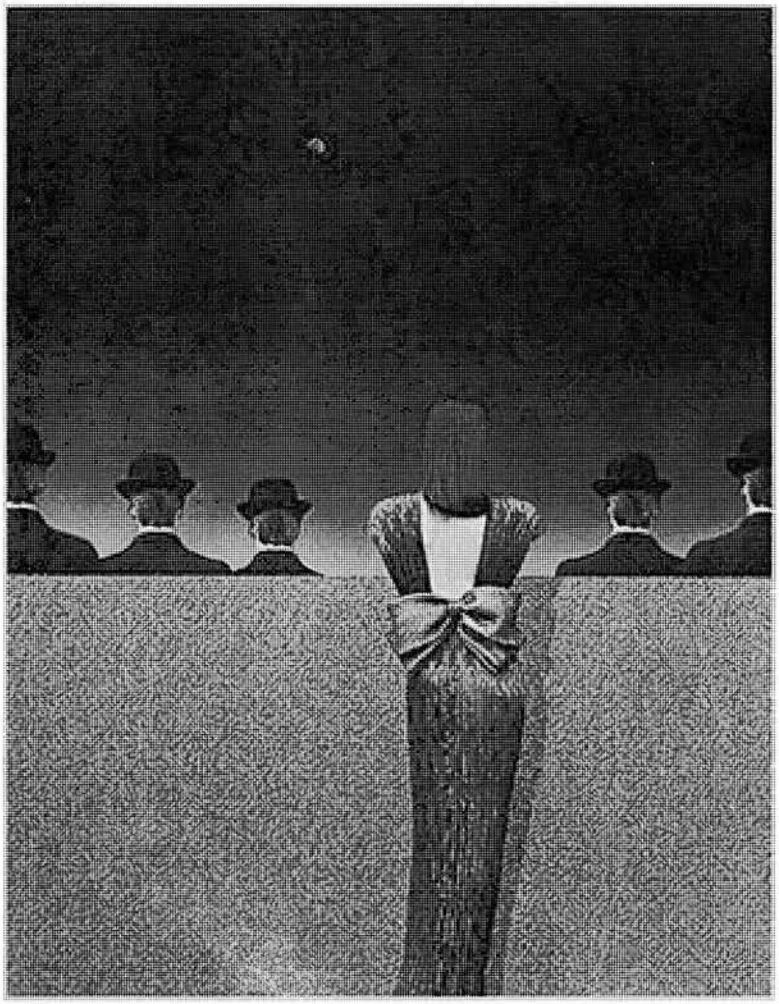
La alternativa que estas madres encontraron para la formación y éxito de sus hijos e hijas fue la educación; a pesar de tratarse de mujeres relativamente poco instruidas y que vivían en pequeños pueblos, se empeñaron en lograr para sus hijos un nivel educativo que ellas no pudieron alcanzar.

Es proverbial el pensar en la madre como un ser sacrificado y sufriente que todo lo da por los hijos. Las madres de Lupita y Laura asumían este rol tradicional, pero me parece importante destacar que aun cuando el medio social probablemente no les habría reprochado si hubieran disminuido su carga dejando fuera de la oportunidad de estudios superiores a sus hijas, ellas decidieron que no debía haber distinciones con respecto a los varones.

La educación en México a principios de los años setenta era aún ampliamente considerada como garantía de movilidad social y en el caso específico de las mujeres, una especie de seguro contra eventualidades, como la viudez. De ahí que la madre de Laura insistiera al respecto. Es pues, la educación una forma de proteger a las hijas. ¿De qué? Del mundo y sus desdichas: de la dependencia de otros (los maridos futuros por ejemplo), de los problemas económicos que ellas mismas tuvieron que

enfrentar con menos posibilidades de obtener un buen puesto en un mercado de trabajo entonces en expansión donde la mano de obra calificada y en especial los profesionistas tenían muy buenas perspectivas laborales.

Las madres de Laura y Lupita enseñaron a sus hijas, entre otras cosas, la *economía del sufrimiento*, o lo que es lo mismo: "sufrir para merecer", o "el que quiera azul celeste, su trabajo que le cueste". Todos del bien surtido refranero popular mexicano, que destacan y valoran el sufrimiento y que en el caso de Lupita, quien trabaja como profesora, la llevan a enfatizar la importancia de la disciplina en el aula o, en el caso de Laura, la mueven a insistir para que su hija lleve clases de piano aun cuando no sean de su agrado. La recompensa siempre se vislumbra a largo plazo, como lo fue para sus madres el ver a sus hijos convertidos en hombres y mujeres profesionistas, lo que es un logro mayúsculo si se consideran las características socioeconómicas de esas familias más o menos numerosas.



Creo que estas mujeres, que fueron madres en la década de los años cincuenta, son tradicionales en muchos sentidos, pero también son madres que se rebelaron con todas sus fuerzas —que no fueron pocas— contra su destino, y al reconocerse incapaces ya de cambiar su suerte, decidieron cambiar la de sus hijos e hijas. Son en especial las hijas la imagen en que una madre se puede perpetuar; así, a través de ellas lograrían lo que por sí mismas no pudieron.

Algunas compañeras a quienes pedí que leyeran los informes de los casos, llegaron a la conclusión de que tanto Lupita como Laura son "mujeres luchonas", fuertes y decididas. ¿De dónde proviene esa decisión y esa fuerza inquebrantable, ese no dejarse vencer que Lupita manifiesta al decir: "O me hundo o salgo adelante", o el volver a intentar una vez más los experimentos fracasados por falta de apoyos oportunos en el caso de Laura, quien se desempeña en el área de investigación? Yo creo que en buena medida se ha mamado.

Retomando a Graciela Hierro, parece que es la *educación matrilineal* la que más impacto causó en las hijas en los primeros años. Después de sus madres, otras figuras relevantes también son de la genealogía materna en los casos estudiados: las abuelas y un abuelo. Ya sea que encarnen valores altamente apreciados como el amor por la cultura del viejo abogado en el caso de Lupita o que representen la indeseable mojigatería, el control y autoridad como en la abuela de Laura; no pasan desapercibidos. Son, por su cercanía a la madre, figuras que logran presencia constante. Es así como, aunque el apellido se transmita por vía paterna, la cultura, los valores principales que impactan a las hijas e hijos incluso, son matrilineales, desde las célebres recetas de cocina que aun pasan de una generación a otra, hasta cómo se comportan las niñas "bien educadas", la devoción y religiosidad.

Y precisamente los aspectos religiosos son un ejemplo de la profundidad y el rango tan íntimo e incluso inconsciente con el que se adhieren a nosotras las enseñanzas de los primeros tiempos, de los primeros años con nuestra madre, tías, abuelas y demás figuras que rondan la cocina y las demás habitaciones de la casa.

Es el caso que ambas académicas, educadas durante años en la tradición escolar de "infalibilidad" de la ciencia. Continúan siendo creyentes, aunque desde la juventud se han alejado de la religión en su forma

institucionalizada(la iglesia), mantienen los valores trascendentes y las creencias que en la infancia se arraigaron fuertemente y que libran del desconsuelo y la orfandad ya en la adultez. Se trata de dos discursos incompatibles: la ciencia y la religión, y sin embargo, plenamente vigentes. La pregunta que ronda es: ¿Por qué se mantienen ambos? ¿Acaso la ciencia no es suficientemente convincente? ¿Acaso es nuestra eterna necesidad de trascendencia? ¿Acaso nuestra perenne necesidad del afecto de la madre en cuyo seno estábamos seguras y protegidas? En todo caso, es fácilmente perceptible que en el discurso teológico también toca a la mujer un papel de segunda categoría y es precisamente ahí donde reside el *summum* de la madre: la mujer virgen que da a luz a Dios y que se diviniza por obra de la maternidad. Este dogma que pone de manifiesto una vez más la ideología patriarcal que permea igualmente todas las demás instituciones sociales.[7]

Las madres han enseñado con el ejemplo. Es éste una forma muy eficaz de ordenar, de afirmar lo que se debe hacer, lo que está bien y es aceptado socialmente. El ejemplo es una fórmula de enseñanza común en ámbitos poco institucionalizados[Thurén, 1993, 57].

Es esta misma la forma en que Laura y Lupita muestran a estudiantes y colegas cómo desean que se hagan las cosas. Dar una orden es una señal de poder, en cambio convertirse en el primero que actúa, esperando que los demás le sigan, ya es una manera menos violenta pero efectiva de lograr sus propósitos y también, un ejercicio de poder un tanto camuflado.

Los valores asociados al estereotipo femenino: mujer y madre

Cuando se habla de valores[8] se alude a lo positivo, lo útil, necesario, bueno y deseado para una persona en concreto y otras que hubieran sido socializadas de manera similar.

Los estereotipos en cambio no necesariamente han de estar conformados solamente por valores, sino que pueden también incluir rasgos poco apreciados o incluso rechazados socialmente. También es cierto que en la consideración de los valores existen escalas, de igual modo relativas, de tal suerte que una determinada característica puede en un momento dado ser considerada como deseable y en otro momento o lugar, no serlo.

Un estereotipo es una serie de ideas que circulan socialmente con respecto a un grupo social concreto y tiene base subjetiva y acrítica.

La psicología social se ha ocupado de estudiar los estereotipos pues aun cuando se trata de generalizaciones que se apoyan en anécdotas, frases, gestos, modales, ideas vagas e imprecisas; tienen un gran peso social. Otra de sus características es que son bastante rígidos, de modo que aun cuando la empiria de casos concretos los niegue, no los destruye, pues estos casos pasan a convertirse en "excepciones a la regla". Es así como se habla de estereotipos nacionales: el flemático inglés, el dramático español, el amante francés, el judío rico; o profesionales: el médico, abogado, profesor, investigador y, por supuesto, el *estereotipo de género*.

En el caso concreto de México, se han emprendido diversos estudios para tratar de esclarecer cuál es el carácter nacional[9] y en ellos se puede encontrar una amplia recopilación de fragmentos del estereotipo del mexicano e inteligentes discusiones al respecto. Al leerlos queda la sensación de que los estereotipos funcionan porque son parcialmente verdaderos, porque se logra identificar en ellos numerosos rasgos que en nuestra experiencia podemos adjudicar a personas concretas, aun cuando no se apliquen a todas ni de la misma manera. Es así como estos rasgos de similitud pasan a ser generalizados y luego vamos por ahí diciendo: los mexicanos son habladores, muy machos, mujeriegos, parranderos y jugadores... y una cantidad increíble de adjetivos más.

Los estereotipos funcionan pues, como generalizaciones acerca de la configuración total de un comportamiento, carácter o rasgo, presentando a las personas y grupos como si todas compartieran una serie de características distintivas y peculiares; a pesar de que los colectivos a los que se refieren son en general muy variados, heterogéneos y complejos.

Volviendo al tema de los estereotipos de género, un estudio realizado por Williams y Best [1990][10] en 30 países encontró que en lo que hace a este estereotipo en particular existe gran consenso transcultural.

El estereotipo de mujer maneja una gran cantidad de virtudes y defectos atribuidos, y generalmente el estereotipo masculino o de hombre, incluye los opuestos. Ya anteriormente he mencionado cómo a partir de la revolución industrial se da una cada vez mayor separación entre los ámbitos público y privado.

Así como los ámbitos se han ido separando, las características que se les asocian también lo han hecho, de modo que se enlistan características "masculinas" y "femeninas" a cada uno, por ejemplo para las mujeres: dependencia, comunicación, intuición, sumisión; para los varones: independencia, confianza, análisis, dominación.

Además de las características apuntadas y otras

que "circulan" en el ambiente, en el proceso de socialización, tanto primaria como secundaria, son un referente en el "deber ser" de la mujer y el hombre en nuestra sociedad, aun cuando esas características se encuentren en los extremos de un continuo y los hombres y mujeres de carne y hueso no estén en ninguno de esos extremos.

Íntimamente vinculado al estereotipo de mujer está el de madre.

Ser madre, o *madre-esposa* como dice Marcela Lagarde [1993], implica "vivir de acuerdo con las normas que expresan su ser —para y de— otros, realizar actividades de reproducción y tener relaciones de servidumbre voluntaria, tanto con el deber encarnado en los otros, como con el poder en sus más variadas manifestaciones"[p.363].

Ser madre va más allá de engendrar, gestar y parir una criatura. Es el *cuidado*, la constante preocupación y actitud de las mujeres hacia sus hijos, lo que dura por siempre.

Es precisamente el *ser de otros o para otros* lo que define a la mujer-madre. Esta madre se va formando desde pequeña en el ambiente familiar y teniendo como modelo también a la madre. Es así como al final, todas las mujeres nos convertimos en mayor o menor grado en madres de los otros, porque pasamos la vida constantemente preocupadas por esos otros y esto es porque nuestra identidad se ha construido así, reforzada por todas las instituciones sociales: desde la casa, la escuela, el empleo, la iglesia, el gobierno, etcétera.

En consonancia con esta idea, las imágenes que las madres de Lupita y Laura han dejado en ellas tienen fuertemente marcadas las ideas siguientes:

- La actitud generosa (dar siempre)
- El sacrificio
- El cumplimiento del deber
- El anteponer las necesidades de los otros a las suyas propias —la comprensión y el perdón ante las fallas ajenas (en especial del padre)
- El trabajo arduo

Todas estas características conforman la *abnegación* materna.

Es de esta manera que tanto Lupita como Laura al referirse a su infancia y años juveniles, destacan el cumplimiento del deber escolar primero y luego en la universidad, como una responsabilidad importante que era justa retribución a los sacrificios familiares, y especialmente maternos. Las madres de ambas deseaban ver en sus respectivas hijas e hijos cristalizadas sus ilusiones irrealizadas: madres de otra generación que vislumbran posibilidades de realización como personas pero incapaces de procurárselas a sí mismas, las proyectan en sus hijos y especialmente en las hijas: para que éstas sean lo que ellas no pudieron.

De esta manera, los esfuerzos de la madre de Lupita por sostener sus estudios pese a que hubo oposición paterna inicial representan ese espíritu de sacrificio en bien de la hija, mientras simultáneamente la madre aboga por tolerar y perdonar los defectos paternos con una actitud comprensiva siempre. Y en el caso de Laura, el sacrificio se da a partir del costo económico que representa enviar a todos los hijos a estudiar, a pesar de tener escasos recursos para el sostenimiento. Una alternativa menos sacrificada habría sido por ejemplo buscar colocación laboral para los hijos en cuanto éstos hubieran estado en edad de trabajar. En lugar de eso, la madre elige un camino mucho más largo y difícil, sin negar a ninguno de los cinco hijos las posibilidades de recibir educación.

Todos estos rasgos de las madres de Lupita y Laura ponen de manifiesto cómo viven en función de los otros. Sus anhelos y deseos ya no son para ellas mismas. Ambas madres se fijan metas para sus hijos e hijas —como he mencionado antes—. Se trata de negar, minimizar y posponer las propias necesidades y deseos por un fin que se considera superior y que ven como la razón de sus vidas: los hijos.

Los rasgos del estereotipo de mujer que apunté antes no se oponen a los de madre, antes bien, lo complementan. Así, se espera una madre dulce, buena, comprensiva, amante de su prole, sumisa ante la voluntad del padre (desde el Padre Eterno hasta el marido), siempre atenta a las necesidades de su familia, etcétera. Un ejemplo de lo que digo puede ser la madre de Laura: una mujer que sin el apoyo de su pareja saca adelante una familia numerosa, que sin preparación académica se aventura a emprender diversas actividades comerciales y que pese a esta fortaleza y determinación, continúa amarrada a las cadenas del "qué dirán", a los dictados de unos abuelos ancianos, del cura del pueblo, de los vecinos, etcétera, dejándose influenciar por otros en lo relativo a la forma de educar a sus hijos. Siendo perfectamente capaz de asumir el trabajo, la carga sobre su espalda, se muestra pasiva e indecisa al momento de decidir acerca de qué permitir y qué no, a sus hijas adolescentes: tiene autoridad y fuerza para cargar con el trabajo, y, a la vez, ella misma cede esa autoridad a otros que en cierta forma ocupan el lugar que el marido muerto ha dejado vacante: representan la autoridad a la que a ella, como mu-

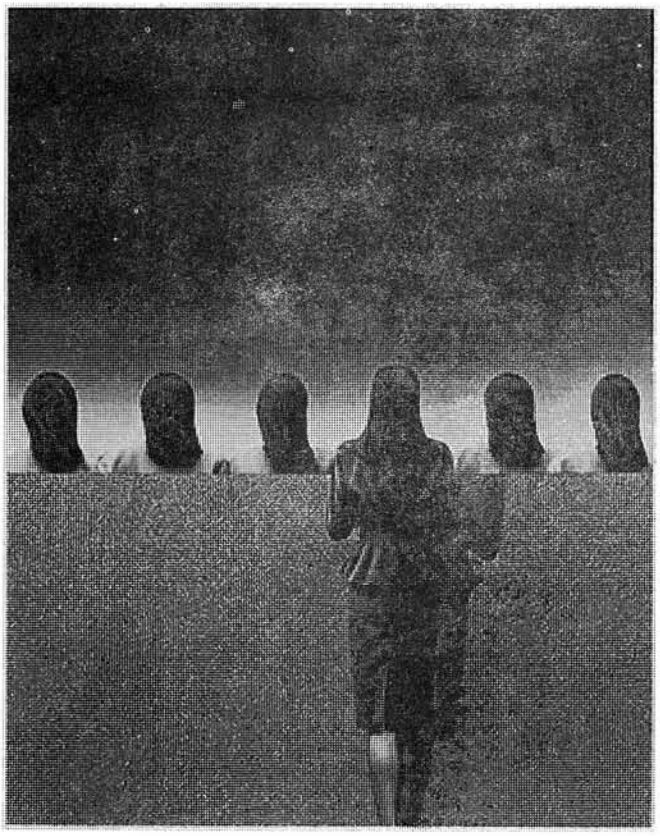
♦♦♦

jer, le corresponde subordinarse.

Cuando se ve a las mujeres desde el estereotipo, a veces se argumenta que si la mujer es pasiva, indecisa, delicada, temperamental o muy emotiva esto se debe a su "naturaleza", siguiendo los planteamientos del discurso biologista neodarwiniano.[11]

Claro es que, al tratarse de estereotipos, no siempre se ajustan al modelo real, aunque las madres comunes puedan encontrar muchas señales de su identidad en estos moldes.

La identidad de Lupita y Laura como madres sigue las huellas del estereotipo en muchos sentidos. Su ser de mujeres y de madres se va poniendo de manifiesto a cada paso, en cada ámbito de su vida: desde el aula al laboratorio, en sus relaciones con alumnos, colegas, directivos, y desde luego, con su familia misma. Es inherente a su ser. Es así como se aprecia la tendencia de estas mujeres a preocuparse por el bienestar de los demás, por las relaciones personales con los estudiantes, por el trabajo cooperativo o en grupo; a preocuparse por actividades asociadas a lo femenino como la limpieza y el orden, la amabilidad, la actitud servicial y el ofrecerse para hacer tareas que no les corresponden ayudando así a otros, etcétera. Un ejemplo concreto de esto puede ser en el caso de Lupita el compartir con el alumnado parcelas de su vida privada de modo que esto ha abierto el canal para que también los estudiantes le planteen problemas de lo más variado y donde en ocasiones ella actúa no como profesora, sino como amiga y consejera.



No todos los rasgos apuntados al estereotipo femenino son apreciados socialmente. De hecho, algunos están bastante devaluados en la escala de valores, en especial si sus "opuestos" asociados al estereotipo masculino tienen una alta estima social.

La formación como profesional

Forma parte de lo que se desarrolla en la llamada socialización secundaria. En nuestro mundo, altamente institucionalizado—controlado—, esta formación se adquiere de manera sistemática después de un largo proceso de apropiación de un rol específico.

El rol de la profesión que se elige se fundamenta en todos los elementos y rasgos de identidad que ha asumido la persona en el proceso de socialización primaria, es decir, fundamentalmente los adquiridos en la familia y en el ámbito más inmediato de relación que es también el más entrañable para la persona porque en él han estado poderosamente unidos lo afectivo y los conocimientos, las ideas y valores primeros a partir de los cuales define el mundo.

Actualmente se usa el término *profesional* para referirse a una gran cantidad de ocupaciones, queriendo a veces hacer referencia a que una actividad se realiza con destreza, precisión y eficiencia. Así se habla de profesionales de la limpieza, meseros profesionales, etcétera. También parece asociarse a la demanda de *status*, de tal manera que representa en sí un nivel jerárquico porque habría "cierta" —a veces imprecisa— diferencia, por poner un ejemplo, entre un cerrajero aficionado y un "cerrajero profesional".

De las profesiones modernas existe también una identidad que es propia de los profesionales de las diferentes disciplinas y conlleva el dominio y control de unos saberes determinados, unas formas específicas de conducta con respecto a esos saberes y la manera en que socialmente se utilizan, así como unos valores propios de la profesión, todo lo cual está sujeto a control social y es transmitido por instituciones especializadas.

Cuando aquí me refiero a formación profesional, estoy aludiendo a la que se adquiere en las instituciones de educación superior, específicamente universidades.[12]

Tradicionalmente destinada a los varones, la universidad ha dado cabida y desarrollado junto con saberes

profesionales puntuales, los estereotipos correspondientes a lo que se denominaría un profesional, ya sea de la medicina, el derecho, la contabilidad, la ingeniería, etcétera. Desde luego que en la construcción del estereotipo juegan un papel estelar los grupos o cofradías profesionales: los gremios, asociaciones o colegios.

A nivel social más amplio, el estereotipo de lo que es un profesional —egresado universitario— se percibe con los rasgos que van vinculados a la institución y el grupo: ambos masculinos. La profesión es masculina y quienes la practican y asumen su identidad han de reunir también —con mayor o menor rigor— elementos del estereotipo masculino.[13]

Cuando las mujeres empiezan a acceder a las profesiones universitarias se encuentran por lo tanto con la exigencia de asumir, junto con los saberes especializados y normas de conducta, el estereotipo masculino infiltrado en todo esto.

La vocación

La estudiante llega a la universidad con todo el bagaje de su ser mujer-madre, joven y dispuesta, con toda la experiencia de escolarización previa, en la que ha aprendido ya las reglas del juego de la institución escolar, ha reafirmado por un lado los elementos de identidad femenina y ha aprendido también el valor que tienen los rasgos o características del estereotipo masculino.

En los casos de Lupita y Laura, el acceso a la universidad está ligado no solamente a sus expectativas personales, sino a las de sus respectivas madres, no en cuanto a la elección específica del área académica, pero si en lo que se refiere a la necesidad de lograr una formación profesional. Ambas mujeres enmarcaron sus elecciones profesionales en el contexto familiar en que vivían y en las condiciones del mismo. Esta perspectiva concuerda con la encontrada por Varrier [1992] en su estudio en *junior colleges* norteamericanos, donde las académicas presentaban una mayor tendencia que los varones a reconocer la influencia de las expectativas familiares en las elecciones profesionales.

La elección final que se realiza es una mezcla de distintos factores en juego, tanto sociales como económico-familiares y de preferencias personales, así como de valoración de la utilidad que a nivel social tendría la formación adquirida y la consideración de un futuro puesto de trabajo.

En cada uno de los casos el peso de los diferentes factores fue distinto. En el caso de Lupita, por ejemplo, parece que fue su inclinación por el trabajo de laboratorio lo que la llevó a medicina y las posibilidades económicas de la familia y el apoyo materno inicial lo hicieron viable. Medicina se considera una carrera relativamente cara, tanto por su duración como por la necesidad de adquirir libros costosos y la imposibilidad de dedicarse a ella de "medio tiempo". Es una carrera que ha sido común entre las clases medias altas y a las que los estratos más bajos de la clase media han ido accediendo en los últimos años. En el caso de Laura lo que termina por decidirla hacia Agronomía es la situación económica familiar. Agronomía se consideró durante muchos años una carrera para "pobres", a ella accedían en gran número estudiantes de las clases medias bajas, con frecuencia becados —como es el caso de Laura—. En los últimos años, con la llamada crisis del campo, las escuelas y facultades de Agronomía del país han entrado en una etapa de retraimiento al ver cada vez más reducida su matrícula.

A la larga, el que en las elecciones profesionales el eje de la decisión se traslade del gusto por la disciplina a las condiciones económicas familiares, podría ser uno de los factores que contribuyan a la insatisfacción de la vida profesional.

En el caso específico de Laura, ella habla de un compromiso importante para con las clases más deprimidas socialmente, como una de las razones principales que la orientaron hacia los estudios en Agronomía. Con estos grupos sociales adquiere mayor contacto a partir de sus estudios medios y su participación política asociada a la izquierda. Sin embargo, ella intenta en primer lugar cursar estudios de Arquitectura y es ante los requerimientos económicos fuertes que decide abandonarla. Siguiendo con las ideas estereotípicas, Arquitectura no era precisamente una de las carreras más vinculadas con la mejora de las condiciones en el campo y en las zonas marginadas de grandes ciudades como México. ¿Por qué Laura habla entonces de que eligió Agronomía por la inquietud de contribuir al cambio social y a mejorar las condiciones de los más pobres, cuando en realidad jugó también un papel muy importante la situación económica familiar?

Este caso pone de manifiesto cómo se van acomodando las expectativas profesionales a las posibilidades reales de alcanzarlas. Así como Laura descartó inicialmente sus pretensiones de ser una bailarina o una deportista porque se consideraba poco apta físicamente, descartó también los estudios de Arquitectura.

Pierre Bourdieu [1976][14] lo expresa diciendo:

> Si los miembros de la clase media baja y de la clase trabajadora perciben la realidad como si fuera equivalente a sus deseos es porque, en esta área como en otras, las aspiraciones y exigencias son definidas tanto en la forma como en el contenido por condiciones objetivas que excluyen la posibilidad de aspirar a lo inalcanzable... En general los hijos y sus familias hacen sus propias selecciones limitados por las obligaciones que los determinan. Aunque a ellos les parezca que su elección se debe a su propio gusto o a su orientación vocacional, de todas maneras ella indica los efectos de condiciones objetivas.

De una forma u otra, cada persona trata de resolver los conflictos que interiormente enfrenta, y uno de ellos puede ser el verse obligada a seguir una profesión que no ha sido su sueño. Se podría decir que racionalizar la experiencia y tratar de acomodarse a ella, encontrándole el lado positivo es la actitud más sana. El caso de Laura no es único. También Lupita, en su momento asumió una actitud similar cuando, por circunstancias familiares tuvo que alejarse de la investigación y dedicarse a la docencia.

¿Tendría sentido continuar añorando lo que no se puede tener? La actitud de encontrar los aspectos positivos, el gusto por la actividad que efectivamente es posible llevar a cabo, resulta lo menos conflictivo emocionalmente y a veces el único camino para no acumular resentimiento e insatisfacción.

Insisto en que las elecciones suelen deberse a la combinación de diversos factores. Creo que no debo pasar por alto que, por lo que hace a la elección profesional final de Laura, además de las condiciones económicas familiares y el compromiso social, jugó un papel importante su visión de las ciencias sociales y las ciencias naturales y exactas.

Las ciencias sociales se han tenido siempre por demasiado relativas y poco concluyentes, mientras las ciencias naturales han presumido precisamente de lo contrario: la demostrabilidad, certeza del conocimiento y objetividad. Son precisamente las ciencias naturales y exactas las que se ajustan más al paradigma positivista y en ese sentido son también las que se corresponden con el estereotipo masculino.

¿No es un tanto contradictorio que dos jóvenes sensibles a la situación de las capas más desprotegidas de la población, y hasta un tanto idealistas eligieran carreras consideradas en las áreas de ciencias naturales y de ciencias de la salud?

Creo que para estas mujeres, también jugó un papel la naturaleza específica de las carreras elegidas en las cuales se combinan aspectos tanto de las ciencias sociales y humanas como de las ciencias naturales y exactas. La Medicina representa la utilización de los avances de las ciencias naturales para el bienestar y la salud de las personas y en este sentido es además una ciencia social. La Agronomía por su parte, tiene un amplio componente social porque en los procesos agrícolas están íntimamente conectados los procesos económicos, la organización y formas de vida de las poblaciones que viven del campo y en el campo, así es que se vincula también con la Sociología y Antropología, por hablar sólo de las que me parecen con nexos más evidentes.

Sin embargo, esos valores que pueden estar presentes en una primera imagen de las profesiones, quedan soslayados en los procesos de formación profesional, pues en este lapso (cinco o seis años de duración) se da preferencia a los saberes más técnicos, instrumentales y científicos, de tal manera que lo social, emotivo y los valores del cuidado y atención a los demás, ternura y compromiso son ya "propios de cada persona" y se consideran al nivel de saberes intuitivos y naturales, por lo general no abordados curricularmente.

Durante sus estudios, se van desarrollando los valores más asociados al estereotipo masculino de la personalidad, recorriéndose un poco los marcadores de rasgos y características hacia este lado del continuo en las dicotomías: mayor competitividad (mantener calificaciones), mayor racionalidad, objetividad, independencia, cierta inhibición de la emotividad, entre otras.

Todo esto, bajo la guía de profesores varones que se convierten en el modelo de profesional. Otra vez el estereotipo masculino. La femineidad en segundo término, a ser posible escondida, pues en calidad de profesionales quedan comprometidas a defender los valores de neutralidad, distanciamiento del sujeto y autonomía profesional.

En el caso de Lupita, por ejemplo, su preferencia por aquellas áreas clínicas que representan más acción, decisiones "fuertes e inmediatas" (el servicio de urgencias, tocología), de "vida o muerte", la alejan del estereotipo femenino. Las áreas más femeninas podrían considerarse por ejemplo las especialidades de pediatría, medicina familiar o dermatología, pues se asocian otra vez con el rol maternal o con decisiones menos arriesgadas, menos decisivas. Ella se inclina aun dentro de la Medicina por ámbitos de estereotipo masculino. En el posgrado recibe el apoyo y reconocimiento de sus profesores, quedando de manifiesto su temple, arrojo, valentía y otras cualidades vistas generalmente como "masculinas".

De todo el camino de formación, Lupita recuerda las enseñanzas de diversos profesores, pero entre ellos no menciona a mujer alguna, los modelos de conducta tienen como referentes a profesionales de género masculino.

En el caso de Laura ocurre algo similar, pues en la facultad de Agronomía, la mayoría de los compañeros y docentes la veían como mujer, mientras ella deseaba además un reconocimiento como estudiante comprometida con la carrera y la problemática del país. Hay que recordar su rechazo a comportarse como una chica coqueta y "tradicional". Un intento por trascender las limitaciones impuestas al género en un ambiente tan marcadamente desigual, y una forma de aproximarse a los esquemas de profesionalidad imperantes en esta carrera.

La inseguridad y la culpa

Ante la situación de asumir simultáneamente los valores del estereotipo femenino y masculino, las mujeres enfrentan un conflicto interno.

Conforme crecen y van ampliándose los ámbitos de su acción, van también multiplicándose los mensajes acerca de los valores sociales, y poco a poco va quedando de manifiesto que, tal como las cosas funcionan, se trata de dicotomías: o se es una cosa u otra, o al menos, se es de una manera o de otra, según qué contexto y condiciones. Estos contextos y condiciones están claramente diferenciados. Se puede ser por ejemplo muy emotiva con los niños y la familia; pero si has decidido ser médica, cuando tratas al paciente, has de ser racional.

Se va propagando la idea de las identidades divididas, de las dos caras que parecen irreconciliables, con el agravante de que la cara que nos es más propia —la de la socialización primera— es la que "vale" menos y en el ámbito profesional es "mal vista": Una profesional no debe ser demasiado emotiva o se podría pensar que es un poco histérica; ya no debe tener el apego maternal por los demás, sino que ha de distanciarse. Así, en el caso de Lupita, se ve cuestionada por su familiaridad de trato con los estudiantes, mientras sus colegas varones asumen actitudes más formales. A pesar de esto, ella afirma que no quiere cambiar, no puede ser fría y distante.

Se piensa a veces que la expresión de emotividad es un indicio de pérdida de control de la situación: exceso de familiaridad se asocia a la pérdida de autoridad y disciplina, pilares del sistema escolar dominante y en los cuales las jerarquías son también elementos clave. Una relación maestra-alumnado en términos más personales en el nivel universitario escapa al planteamiento considerado normal. No ocurre así por ejemplo en la educación infantil, que es vista con frecuencia como una prolongación de la esfera familiar donde los roles de madre y maestra se encuentran más imbricados.

Las mujeres en el contexto universitario tienen que hablar un discurso diferente, el discurso profesional masculino, pero a la vez, deben seguir siendo mujeres. Es como tener doble personalidad, una especie de "esquizofrenia necesaria".

¿Cómo se es mujer agrónoma? ¿Cómo se es mujer médica?

Tradición hay con respecto a las mujeres profesoras, enfermeras o secretarias, donde los roles de sumisión y subordinación han sido habituales y donde hay una mayoritaria presencia femenina.[15] En el caso de las mujeres en campos típicamente —hasta ahora— masculinos, no hay modelos ni ejemplos a seguir. Estas mujeres han tenido que ir construyendo el camino.

No poder asumir cabalmente el mismo estereotipo que aprendieron como el "normal" ser mujer y madre, desemboca en culpa, en insatisfacción porque por más esfuerzos que hagan, no logran en las condiciones de su vida, satisfacer un rol que ya de por sí era dificultoso en otro tiempo. Sobrevienen los reproches explícitos y velados. Así le ocurría a Laura cuando su madre le reclamaba por dejar a su hija en otras manos para asistir a eventos profesionales.

Tampoco logran seguridad y firmeza en su posición profesional, porque desde este otro ámbito son cuestionadas permanentemente por ser mujeres. El testimonio de uno de los colegas de la misma Laura es ilustrativo. El se refiere al desempeño profesional de ella y dice: "tenía la limitante de ser madre".

De esta manera se cuestiona la participación femenina en el ámbito profesional masculino por todo lo que la mujer es: sus valores, sus formas de conducta y relación, sus prioridades personales, y su condición de *madre* porque, como ser mujer suele ir asociado a la maternidad, el género se convierte en un inconveniente para la realización profesional.

Dos estudios estadounidenses recientes mencionan la presencia de sentimientos de ambivalencia e inseguridad, así como tensiones entre las académicas, tanto en lo que hace a las expectativas institucionales en torno a su desempeño [Varrier, 1992] como en la relación entre su vida personal y profesional [Hauser, 1992].

En el caso de Lupita y Laura no resulta del todo cierto aquello de que "teniendo el título" los obstáculos

se allanan. Ellas, además de haber sido buenas estudiantes, realizaron estudios de posgrado que otros colegas no tenían,[16] también con éxito, y aun así, seguían siendo cuestionadas en su saber y competencia profesional. Tanto Lupita como Laura a su llegada a la universidad tuvieron que demostrar una vez más sus capacidades profesionales, pues las certificaciones que poseían y el reconocimiento que habían logrado en otras grandes instituciones no resultaban suficientes para los esquemas de los tomadores de decisiones en la universidad de provincia donde finalmente fueron contratadas. Así, en los informes de caso se narra cómo a Laura la pusieron a prueba para ver si en verdad era agrónoma y tenía la formación doctoral, como acreditaban sus títulos obtenidos en México y en el extranjero. En el caso de Lupita, tampoco tuvo mucha suerte al respecto, pues aun cuando ella estaba segura de la solidez de formación en el posgrado: "mis bases me amparan", había dicho, no fue aceptada en el área de investigación y en la Facultad de Medicina hubo reticencias por su apariencia y juventud.

Ellas se salían del estereotipo en un ambiente donde hasta su llegada en los años 80, las mujeres eran "diferentes" y los profesionales también. Las mujeres primeras en acceder a la universidad estaban en los puestos secretariales o como ayudantes y auxiliares de diverso tipo, tal vez como profesoras de preparatoria o en áreas más "propias de su sexo", por ejemplo Enfermería y Trabajo Social, por mencionar dos casos. Los profesionales de más prestigio eran los de las áreas típicamente masculinas y donde la presencia de mujeres era nula o ínfima: las ingenierías—incluida agronomía—, derecho, medicina. Justamente ahí donde Lupita y Laura pretendían irrumpir.

Así, cuestionadas como mujeres-madres que no logran dar la talla por asumir roles profesionales, y cuestionadas también por no ser como sus colegas varones en el ámbito profesional, viven en un eterno conflicto, que además asumen como si el problema fuera su falta de competencia, como si la falla estuviera en ellas y no en el sistema social imperante, que ha polarizado los ámbitos de acción y los ha organizado de tal manera que hace difícil que puedan flexibilizarse, tanto en lo relativo a la presencia de estereotipos dicotómicos como en los ámbitos donde se realiza el trabajo de *producción y reproducción*.[17]

La capacidad siempre a prueba

Como mujeres profesionales, las protagonistas de los estudios de caso se esfuerzan por cumplir satisfactoriamente todos los roles que se les demandan, pero además, quieren acallar las voces que las señalan y las acusan como malas madres y profesionistas deficientes: quieren expiar la culpa y afirmarse también. En este proceso se van desgastando poco a poco, porque van echando sobre sus espaldas más y más responsabilidades y deberes, queriendo repartirse en dos o en tres, multiplicando actividades y compromisos.

Lejos de asumir una actitud derrotista y pasar el tiempo lamentándose, Lupita y Laura están en constante actividad. Desde luego que estos niveles altos de trabajo conllevan algunas fallas, pero aun así ellas siguen empeñadas en representar el rol de la *mujer-maravilla*.[18]

Sara L. Cruz, al leer el informe del caso de Lupita, reflexionaba:

> En la necesidad de reafirmarte como persona y como profesionista, te excedes en las manifestaciones: cómo asimilas tareas para demostrar, porque constantemente hay que demostrar, ¡ puedo eso, y más! El cuestionamiento no es sólo externo, sino interno. Podemos ser considerados con los demás, pero nos cuesta serlo con nosotras mismas."

En el ámbito laboral o en el espacio público en general, asumen mayores cargas—sin que les sean impuestas—, en el ámbito privado no descargan todas las responsabilidades que podrían, porque consideran que también les corresponde asumirlas. Disponen de poco tiempo para sí mismas y esperan a los años de jubilación para hacer muchas de las cosas que más les agradan, porque de momento las actividades profesionales les consumen todo el tiempo, aunadas a las de crianza de sus hijos. Si esa época llega —siempre existe la expectativa de llegar a la ancianidad—, las encontrará en los sesenta años, probablemente abuelas ya, pero todavía con años por delante para dedicarlos a actividades profesionales productivas, cuando ya se les retire del trabajo universitario. La lógica del sistema laboral está pensada y planeada en función de los ciclos de vida masculinos y no de los femeninos.

En el rol profesional, las académicas, ubicadas en un ámbito altamente competitivo, se encuentran ante la necesidad constante de actualización debido a la obsolescencia del conocimiento y tienen un panorama si cabe más complicado que en otros ámbitos laborales.

A esto hay que agregar las condiciones institucionales poco satisfactorias que hacen que el tra-



bajo "luzca" poco, o bien, que haya necesidad de hacer grandes esfuerzos para obtener resultados más bien modestos.

La situación que he presentado pone de manifiesto por un lado la problemática que a nivel individual viven muchas mujeres, la cual es reflejo de la estructura social imperante, sus valores y prioridades, que nos hablan de la distribución del poder y los beneficios económicos (acumulación de excedentes) que llevan a la búsqueda de ganancias más que al bienestar general principalmente a costa de los grupos menos favorecidos: mujeres, niñas y niños. Se hace necesario tomar conciencia de esta situación, pero además, buscar opciones para el cambio, empezando por el cómo somos mujeres.

Creo que esta problemática compartida por muchas de nosotras, las mujeres, sea en el ámbito descrito o en otro similar, debe tener respuesta en primer lugar en la propia vida, construyendo cada una la convicción más íntima de dar coherencia a nuestros actos, defendiendo las decisiones privadas y particulares frente a las arbitrariedades de los contextos más próximos, desde el familiar hasta el laboral. Al menos hemos de intentar cambios en el entorno inmediato, transformando las relaciones con los seres más próximos a nosotras, analizando cómo interactuamos con ellos colocándonos en una posición autocrítica, en permanente diálogo interno y en un reconocimiento de nuestros conflictos para buscar soluciones más acordes con nuestra identidad auténticamente femenina. ♦

Notas

[1] La investigación de referencia es: Martínez C., Sara (1996). *Mujeres académicas y vida profesional: dos estudios de caso*. Barcelona: Universidad de Barcelona. (Tesis doctoral no publicada).

[2] El término conflicto viene del latín: *conflictare*, chocar contra; del prefijo *cum*, junto y *fligere*, chocar. Se trata de un vocablo que se usa en numerosas disciplinas, en las que tiene una significación precisa. Por ejemplo, la sociología, la política, la etnología, la moral, la psicología, el psicoanálisis. *Cfr.* Morfaux, 1985, 60.

[3] "Una situación conflictiva surge cuando hay, por una parte, un impulso a comprometerse en cierta actividad y, por otra, una fuerza oponente a esa actividad" (Lewin, 1978, 174). Lewin, de la llamada Psicología Topográfica o Vectorial, distinguió tres tipos de conflicto: el de *acercamiento-acercamiento*, donde el sujeto debe escoger entre dos objetos codiciados, el conflicto de *evitamiento-evitamiento* en que la elección la ha de hacer entre dos objetos que rechaza, y el de *aproximación-evitamiento* en que el objeto es a la vez fuente de placer y de repulsión. Cit. en G. Thines y A. Lempereur, 1978, 174.

[4] Algunas autoras que han abordado el tema de identidad de género son: Cristina Peña Marín (1986), Emilce Dio de Bleichmar (1987), Nelly Schnaith (1991), Gayle Rubin (1986), Joan Scott (1990), Florinda Riquer (1993), Susana Bianchi (1990).

[5] La autora plantea que el género es tanto personal como cultural, lo cual significa para ella que la gente *crea versiones individuales de significado*. La percepción y el significado son creaciones psicológicas. Las personas usan significados e imágenes culturales disponibles y las experimentan emocionalmente y a través de la fantasía, desde su particular contexto interpersonal. Por lo tanto cada individuo crea nuevos significados en términos de su propia historia y biografía (*Cfr.* Chodorow, 1995, 517).

[6] El término "lengua materna" se usa por vez primera en el S. XII para hacer referencia a las lenguas no latinas, llamadas vulgares. Entonces solamente las lenguas que tenían forma escrita eran consideradas como tales propiamente. Las lenguas que aparecen en Europa hasta esa época se consideraban formas femeninas o maternas. El latín en cambio era la lengua del padre, pública e institucional. Las lenguas maternas eran consideradas también "naturales", mientras el latín era más artificioso. Las primeras se reservaban también para la comunicación familiar, mientras el latín se aprendía en la escuela, formalmente. (Rafaelle Pinto, 1996).

La enseñanza de la lengua es clave en la formación del ser humano. Brinda la posibilidad de comunicación con otros y la expresión del ser y los deseos personales. Sin embargo, la lengua es más aun, es el vehículo principal a través del cual el sujeto va construyendo una representación del mundo en su mente. Es un instrumento simbólico clave en la construcción de la identidad. Sobre la importancia del lenguaje en la construcción

del género pueden consultarse los trabajos de Ma. Jesús Buxó Rey (1978) y María Milagros Rivera Garretas (1994).

[7] Pueden consultarse obras que analizan la presencia de la figura femenina en la teología a través de la historia y particularmente en las religiones contemporáneas. Capítulos interesantes al respecto son desarrollados por Marcela Lagarde (1993) y por Celia Amorós (1985).

[8] María Jesús Izquierdo (1994a, 38) expone que los valores están en la base de nuestros juicios sobre las personas y sus relaciones con el mundo. Incluyen elementos afectivos, lo que dificulta el cambio y además varían en relación con las circunstancias sociales, pero una vez que se definen éstas (en espacio y tiempo), estos valores tienen realidad absoluta.

[9] Entre estos cabe destacar los de Octavio Paz (1990), Santiago Ramírez (1977) y Raúl Béjar Navarro (1983). Especialmente el último hace una dura crítica a trabajos anteriores de distintos autores marcando los inconvenientes e imprecisiones, falta de rigor metodológico, etcétera, que hacen muy difícil confiar en la veracidad de una caracterización del mexicano.

[10] *Cit.* por Mariano Álvaro Page (1994, 377)

[11] Este discurso plantea a los individuos como portadores de genes que enfrentan una lucha por expandirlos y perpetuarlos, de acuerdo con lo cual, al macho le corresponde buscar y conseguir la mayor cantidad de hembras fértiles posibles, mientras a éstas *les corresponde cuidar* y maximizar el logro de la fertilización, considerando que se hace una inversión importante de tiempo y esfuerzo para la sobrevivencia de cada cría. Esto obliga a la hembra a procurar incrementar la inversión del macho en el proceso de reproducción a fin de aumentar las posibilidades de que tenga éxito. Traería también como consecuencia, vía las hormonas sexuales, la diferenciación cerebral de machos y hembras, y su manifestación en los *estereotipos* correspondientes. Esta perspectiva tiene gran éxito social, y se ha introducido en diferentes campos, como las neurociencias y la genética molecular, en los que se estudia la diferenciación cerebral y la identificación de genes de comportamiento, entre otros asuntos. Un ejemplo es el trabajo de Kelly (1991), que por cierto concluye que no se han encontrado diferencias sexuales en las capacidades de conocimiento de ambos sexos.

Los estudios feministas que discuten y rebaten el sociobiologismo y otros planteamientos que pretenden ubicar las diferencias de género como de naturaleza biológica son numerosos. Entre ellos destaca la tesis de Ana Sánchez (1989) que considerando el planteo de Edgar Morin acerca de la Epistemología de la Complejidad y posturas feministas sobre el tema, analiza cómo se ha legitimado científicamente a partir de la Biología, la inferioridad social de las mujeres. La autora presenta los planteamientos del funcionamiento cerebral diferencial y la teoría sociobiológica, formulando críticas al respecto. Entre los trabajos más recientes puedo citar algunas de las ponencias presentadas en el Primer Congreso Multidisciplinar "Ciencia y Género": Amparo Gómez Rodríguez (1996), Eularia Pérez Sedeño (1996), Diana Elena Maffía (1996), A. Pestaña y S. Martí (1996).

Hay otras áreas en las que también el trabajo de las mujeres y las perspectivas de género han sido muy importantes. Tal es el caso de la primatología. *"Trimates"* es el apodo con que se conoce en el medio profesional a Jane Goodall (trabajó con chimpancés), Dian Fossey (trabajó con gorilas) y Birute Galdikas (trabajó con orangutanes). Los estudios de estas tres mujeres son ahora referencia obligada en la disciplina. Ellas vivieron entre los primates, haciendo así una innovación importante en el método de estudio, pues esa situación se consideraba impensable antes de sus investigaciones. Consideraron a los grandes primates dentro de los grupos como individuos, como sujetos con historias de vida influenciadas por la estructura de los grupos en que habitaban. Sus colegas investigadores varones inicialmente desecharon sus resultados por considerar que era un método basado en el sentimentalismo femenino, sin embargo, después de muchas batallas se ha establecido la significancia de la personalidad individual en los grupos de primates. Por ejemplo, Goodall usaba palabras como "individual", "emoción" y "personalidad" para referirse a los chimpancés y les había asignado nombres como individuos, mientras para sus colegas varones la división fundamental estaba entre hembras y machos. (Morell, 1993, 420-425)

[12] Existen otras instituciones que también forman profesionales, siguiendo en general las formas de organización universitarias.

[13] Puede consultarse al respecto: Martínez, Sara G. (1998) "Docencia, investigación y gestión universitarias. Participación femenina". *Géneros* No. 15, p. 11.

[14] En P. de Leonardo (1986,106 y 108).

[15] Para el caso de las profesoras, pueden consultarse los trabajos de Casey y Apple (1992), Apple (1987) y Acker (1995). En lo relativo a la enfermería, la tesis de Medina Moya (1996).

[16] Ya he mencionado antes que en México un alto porcentaje del profesorado universitario tiene únicamente estudios a nivel licenciatura. Los estudios de maestría y doctorado son menos comunes.

[17] El trabajo de *producción* de bienes o servicios en este caso sería trabajo profesional, presente en el mercado laboral y basado en el valor de cambio. El trabajo de *reproducción* comprendería todas las tareas de reproducción de la vida humana, desde las relaciones sexuales, la procreación, crianza y cuidado de los hijos u otros dependientes (como ancianos y enfermos); las tareas domésticas, como la limpieza y arreglo de la casa y la ropa, compra y preparación de alimentos, etcétera; las tareas burocráticas y administrativas derivadas de la casa y el cuidado de la familia (pagos, trámites) así como otras vinculadas con las relaciones familiares al interior y exterior (compra de obsequios, ocuparse de las relaciones "públicas" de la familia, etcétera.)

[18] Lora Liss usó originalmente el término *superwoman* en 1975 para referirse a las mujeres que actúan buscando demostrar que se pueden manejar competentemente a la vez en los roles familiar y de carrera. (*Cit.* por Witt y Lovrich, 1988,273). Desde entonces se han usado otros términos equivalentes: *síndrome supermujer* (Good, 1992, 75), *mujer maravilla* (Kohen, 1992, 55), *Adelita super-star* (Riquer, 1995).